

Y alzo la frente de delicia lleno!
 ¿Dó está el alma cobarde
 Que teme tu rugir? Yo en tí me elevo
 Al trono del Señor: oigo en las nubes
 El eco de su voz; siento á la tierra
 Escucharle y temblar. Ferviente lloro
 Desciende por mis pálidas mejillas
 Y su alta majestad trémulo adoro.

D. JUAN NICASIO GALLEGO.

A la defensa de Buenos Aires.

Tú, de virtudes mil, de ilustres hechos
 Fecundo manantial, á quien consagran
 Su vida alegres los heróicos pechos;
 Patria, deidad augusta,
 Mi numen es tu amor. Su hermoso fuego,
 Que aun hoy las piedras de Sagunto inflama;
 El que arrojó la chispa abrasadora,
 Baldón y estrago de la gente mora,
 Que aún brilla desde el Cántabro hasta Alhama,
 Da que pase á mi voz: sublime el eco
 Del éter vago los espacios llene
 Sus glorias celebrando,
 Y atrás el mar Atlántico dejando
 Hasta el remoto patagón resuene.

De allí no lejos las britanas proras
 Viera el indio pacífico asombrado
 Sus costas invadir, y furibundo
 Al hijo de Albión, que fatigado
 Tiene en su audacia y su soberbia al mundo,
 Cual lobo hambriento en indefenso aprisco,
 Entrar, correr, talar, Montevideo,
 Que ya amarrado á su cadena gime,

Con espanto en sus muros orgulloso
 Ve tremolar su pabellón, ansiando
 Lanzar del cuello el yugo que le oprime;
 Mientras la rienda á su ambición soltando
 El anglo codicioso,
 La rica población domar anhela,
 Que de Solís el río
 En su ribera occidental retrata,
 Cuando á la mar con noble señorío
 Rinde anchuroso su raudal de plata.
 ¡Cuán presta, oh Dios, la ejecución corona
 Las empresas del mal ¡El anglo altivo
 Tiempo ni afán perdona.
 Véase en la playa las inmensas naves
 Presurosa ocupar la isleña gente
 De muertes mil cargada,
 Y en pos hender la rápida corriente.
 Ya la soberbia armada,
 Batiendo el viento la ondeante lona,
 Vuela, se acerca y á la corba orilla
 Saltan las tropas. Ostentoso brilla
 El padre de la luz, y los reflejos
 Con que los altos capiteles dora,
 La sed de su ambición la paz colora
 Del ávido insular. Así de lejos
 Mira el tigre feroz la aislada presa
 Y con sangrientos ojos la devora.
 Alzóse en tanto, cual matrona augusta,
 De una alta sierra en la fragosa cumbre
 La América del Sur: véase cercada
 De súbito esplendor de viva lumbre
 Y en su noble ceño y magestad bañada.
 No ya frívolas plumas,
 Sino bruñido yelmo rutilante,
 Ornan su rostro fiero:
 Al lado luce ponderoso escudo,
 Y en vez del hacha tosca ó dardo rudo
 Arde en su diestra refulgente acero.

La vista fija en la ciudad; y entonces
 Golpe terrible en el broquel sonante
 Da con el pomo y al fragor de guerra
 Con que herido el meta! gime y restalla,
 Retiembla la alta sierra
 Y el ronco hervir de los volcanes calla.
 «¡Españoles! clamó: cuando atrevido
 Arrasar vuestros lares amenaza
 El opresor del mar, á quien estrecho
 Viene el orbe, ¿será que en blando lecho
 Descuidados yazgais, ó en torpe olvido?
 Ó acaso echando á la ignominia el sello,
 Daréis al yugo el indomado cuello?
 ¿Dó mis Jucas están? ¿Adónde es ido
 El imperio del Cuzco? ¿Quién brioso
 Domeñó su poder? ¿No fué trofeo
 Del castellano esfuerzo poderoso?
 ¿Y hora vosotros, sucesión valiente
 De Pizarro y Almagro, envilecidos
 Ante el tirano doblareis la frente?
 ¿Cederá el español? Oh! ¡Nunca sea
 Que América infeliz con duros hierros
 Al carro de su triunfo atar se vea!»

No, jamás se verá; que en noble saña
 Siento inflamarse ya los fuertes pechos
 De los hijos magnánimos de España,
 De la patria á la voz. Caigan deshechos
 Y á cenizas y polvo reducidos
 Templos y torres y robustos techos,
 Primero que rendido
 El mundo os vea al ambicioso isleño.
 Ni la ciudad al enemigo abierta,
 Sin reforzado adarve y bastiones,
 El brio arredre del heróico empeño.
 Cuando la fama aligera os aclame
 Por remotas regiones,
 Nueva Numancia occidental la llame,
 Mostrando á las atónitas naciones

Que no hay más firmes muros
Que un ánimo constante y pechos duros. »

Dijo, y cual se oye en la estación de Tauro
De volador enjambre numeroso
El sordo susurrar, así incesante
Bélico afán en la ciudad se escucha,
Que sin que el fuego del bretón espante
Se aparte osada á la tremenda lucha.

Ya doce mil guerreros,
De mortíferos bronces precedidos,
Á las débiles puertas se abalanzan,
Y los limpios aceros
Del rayo de Titan brillan heridos;
Ya sus columnas en las anchas calles
Intrépidas se lanzan;
Por montes y por valles
Del militar clamor retumba el eco
Y el trémulo batir del parche hueco.

Trábase ya la desigual pelea,
Y del fiero enemigo el paso ataja
Furioso el español; cruza silbando
El plomo; inexorable se recrea
Sus víctimas la Parca contemplando;
Crece la confusión; al cielo sube
El humo denso en pavorosa nube,
Y al bronco estruendo del cañón britano
Que muertes mil y destrucción vomita,
Impávido el esfuerzo castellano
Luvias arroja de letal metralla.
No hay ceder, no hay cejar. De nuevo estalla
Retumbante el metal del anglo fiero
Que el horizonte atruena,
Mas el valiente ibero
Ni el ruido escucha, ni al estrago atiende;
Que en almas grandes, que el honor enciende,
Más alto el grito de la patria suena.

Suena, y el pecho del esclavo inflama
Y es un guerrero ya. Los moradores

Invictos héroes son. ¡Cuán multiplican
 La ciega rabia y bélicos clamores
 Las artes de dañar! Inmensas trabes,
 Y lumbré y peñas por los aires bajan
 Sobre el misero inglés; profundo foso
 Y alta trinchera su furor atajan.
 Él en tanto, animoso
 Redobra el trueno y el tesón, y truenan
 Contra su hueste horribos cañones
 Ríos de sangre de Albión vertiendo.
 Desplómanse los fuertes torreones
 Con roncós estallidos
 Y al espantoso estruendo
 Con que los altos techos se derrumban,
 Se oyen gemir los vientos comprimidos
 Y hasta en las cuevas de los Andes zumban.

Tiende la noche el pavoroso velo
 Cubriendo tanto horror. Do quier se escucha
 Del triste isleño el lúgubre gemido
 Que con la muerte irrevocable lucha.
 Su caudillo infeliz, que estremecido
 El fiero estrago entre tinieblas mira,
 De su domada hueste
 Los restos junta, y pálido suspira.
 Al fin vertiendo su esplendor celeste
 La nacarada Aurora,
 Su vista aparta de la horrible escena.
 ¡Cuán de pavor se llena
 El britano adalid! Allí, en confuso
 Tropel, de sus soldados
 Rotas armas y cuerpos hacinados
 Contempla, y se horroriza,
 Y el abatido ardor buscando en bano
 El pelo se le eriza,
 Desampara el bastón la yerta mano
 Y un espanto glacial sus miembros traba.

América triunfó. ¿No veis cuál brilla
 Tremolando en su diestra el estandarte

De las excelsas torres de Castilla?
 Ve el pueblo valeroso
 Sitiado al sitiador; del fiero Marte
 Depone el rayo, y al olimpo eleva
 Clamor de triunfo en himno placentero.
 Muéstrase entonces el caudillo ibero
 Al britano, que atónito enmudeee,
 Y de la salva América las playas
 Dejar le ordena: el anglo le obedece.
 Á las naves temblando
 Los restos suben del vencido bando;
 Y cual sale medrosa
 La garza huir del sacre furibundo
 Así la escuadra huyendo presurosa
 Surca asombrada el piélago profundo,
 Lauros, palmas traed y ornad, iberos,
 La frente al vencedor. De la victoria
 En alas vuela tan brillante hazaña
 Al templo de la gloria.
 Feliz anuncio sea
 De nuevos timbres al blasón de España,
 Y en letras de oro en su padrón se lea.
 Y vosotros, del Tajo
 Canoros cisnes, cuya voz divina,
 Cuando en ardor patriótico se enciende,
 El blando son del agua cristalina
 Y el coro de las Náyades suspende;
 Vuestra lira sonora,
 De la rama inmortal dispensadora,
 Al cielo alzando tan heróico brio
 Las altas glorias de la Iberia cante.
 Y en sus alas levante
 El tono humilde del acento mio.

ÓDAS MORALES.

FRAY LUIS DE LEON.

La vida del campo.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera;
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte! ¡Oh fuente! ¡Oh rio!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,

A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño,
Vanamente severo,
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértlenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atendido.

Vivir quiero conmigo;
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De ódio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menean

Con su manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían;
No es mio ver el lloro
De los que desconfían,
Cuando el Cierzo y el Ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche y claro día
Se torna; al cielo suena
Confusa vocería
Y la mar enriquecen á porfía.

Á mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me basta; y la bajilla,
De fino oro labrada,
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable—
Mente se están los otros abrasando,
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.

Á la sombra tendido,
De yedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al son dulce acordado
Del plectro sábiamente meneado.

D. FRANCISCO RIOJA.

A la riqueza.

¡Oh mal seguro Lien! ¡Oh cuidadosa
Riqueza, y cómo á sombra de alegría
Y de sosiego engañas!

El que vela en tu alcance y se desvía
 Del pobre estado y la quietud dichosa,
 Ocio y seguridad pretende en vano.
 Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
 Cuando el metal precioso coja á mano,
 No ha de ver sin cuidado abrir el día.

No sin causa los dioses te escondieron
 En las entrañas de la tierra dura:
 ¿Mas qué halló difícil y encubierto
 La sedienta codicia?
 Turbó la paz segura
 Con que en la antigua selva florecieron
 El abeto y el pino,
 Y trájelos al puerto,
 Y por campos de mar les dió camino.

Abrióse el mar, y abrióse
 Altamente la tierra,
 Y saliste del centro al aire claro,
 Hija de la avaricia,
 A hacer á los hombres cruda guerra.
 Saliste tú, y perdióse
 La piedad que no habita en pecho avaro.

Tantos daños, riqueza,
 Han venido contigo á los mortales
 Que aun cuando nos pagamos á la muerte
 No cesan nuestros males:
 Pues el cadáver que acompaña el oro,
 O el costoso vestido,
 Solo por opulento es perseguido.
 Y el último descanso y el reposo.
 Que tuviera en pobreza, le es negado
 Siendo de su sepulcro conmovido.

¡A cuántos armó el oro de crueza!
 ¡Y á cuántos ha dejado
 En el último trance ó dura suerte!
 Pierde su flor la virginal pureza
 Por tí, y vése manchado
 Con adulterio no esperado el lecho.

Al menos animoso,
 Para que te posea,
 Das, riqueza, ardimiento licencioso.
 Ninguno hay que se vea
 Por tí tan abastado y poderoso,
 Que carezca de miedo.
 ¿Qué cosa habrá de males tan cercada,
 Pues ora pretendida, ora alcanzada,
 Y aun estando en deseos,
 Pena ocultan tus ciegos devaneos?
 Pero cánsome en vano: decir pueda
 Que si sombras de bien en tí se vieran,
 Los inmortales dioses te tuvieran.

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

La limosna

Á MI QUERIDO AMIGO D. JUAN DE LA ROSA GONZÁLEZ.))

Ayer, cuando la nieve
 En copos muda y lenta descendía
 Flotante el aire leve,
 Dejando la guitarra que tañía
 Un pobre me tendió la seca mano....
 Y era el pobre también ciego y anciano.
 Y un débil niño yerto
 Vi en su regazo; lívido capullo
 Que nunca en el desierto
 De un aura dulce se meció al arrullo
 Con lloro acerbo sin cesar regado,
 Y mústio al beso de la muerte helado.
 —«Señor— con sordas quejas
 Clamé, la airada vista en las alturas;—
 ¿Será verdad que dejas

Sin tu amor á estas flacas criaturas,
 Tú que su duelo y su miseria sabes,
 Que sustentas las flores y las aves?»

Y el anciano tañendo

Segunda vez las desacordes notas,
 Sobre mi corazón iban cayendo
 Como trémulas gotas;
 Y más que vagos sonos eran ellas
 Suspiros, y sollozos y querellas.

No sé qué misterioso

Espíritu sublime arrancar pudo,
 Qué genio milagroso
 Tierno lenguaje al instrumento rudo,
 Que allá en su fondo un alma desterrada
 Parecía gemir desamparada.

A su triste armonía,

A ese rocío de dolor, sediento

Mi corazón se abría,

Despertándose al par el sentimiento:

Así el agua de Mayo el campo inunda,

Y los dormidos gérmenes fecunda.

¡Oh sábia providencia!

Si á un mísero mortal penas le diste,

Con pródiga clemencia

A santa compasión otros moviste,

Porque el hombre dichoso ame al que llora

Y se cumpla tu ley consoladora.

¡Señor, yo te bendigo!

En caridad por tí mi alma se abrasa;

Dejando yo al mendigo

De mi menguado bien limosna escasa,

De sus ojos inmóviles, sin vida,

La engrandeció una lágrima caída.

Y con gozoso pecho

Proseguí mi camino triunfante,

Altivo, satisfecho;
 Y hubiérame envidiado en ese instante
 La no sabida paz que en mi se encierra
 El monarca más grande de la tierra

ODAS ANACREÓNTICAS

DON JOSÉ CADALSO.

Anacreóntica.

Unos pasan, amigo,
 estas noches de Enero
 junto al balcón de Cloris,
 con lluvia, nieve y hielo;
 otros la pica al hombro,
 sobre murallas puestos,
 hambrientos y desnudos,
 pero de gloria llenos;
 otros al campo raso,
 las distancias midiendo
 que hay de Venus á Marte,
 que hay de Mercurio á Venus;
 otros en el recinto
 del lúgubre aposento,
 de Newton ó Descartes
 los libros revolviendo;
 otros contando ansiosos
 sus mal habidos pesos
 atando y desatando
 los antiguos talegos.

Pero acá lo pasamos
 junto al rincón del fuego
 asando unas castañas,
 ardiendo un tronco entero,
 hablando de las viñas,
 contando alegres cuentos,
 bebiendo grandes copas,
 comiendo buenos quesos;
 y á fé que de este modo
 no nos importa un bledo
 cuanto enloquece á muchos,
 que serían muy cuerdos
 si hicieran en la corte
 lo que en la aldea hacemos.

D. JUAN MELENDEZ VALDÉS.

A las abejas.

Solicitas abejas,
 No en los tendidos valles
 Mas revoleis inquietas
 Por vuestra miel suave.
 No apureis de la rosa,
 Cuando el rubio sol nace,
 Las perlas de que el alba
 Llenó su tierno cáliz.
 Ni su albor puro sienta
 La azucena fragante
 Por vosotras ajado,
 Si buscais azahares.
 Y el clavel oloroso

Para las bellas guarde
 Su pompa, y con la nieve
 De sus pechos contraste.
 Mas los labios floridos
 Asaltad susurrantes
 De mi amada y el néctar
 Que destilan, robadle.
 Allí nardo y aromas,
 Y dulzor inefable,
 Y liquido rocío
 Hallareis abundante.
 Pero dad á los míos
 Del feliz robo parte,
 Sin que á herirlos se atreva
 Vuestro dardo punzante.
 Que es su boca divina
 Venero inagotable
 De miel suave y pura,
 De gracias celestiales.

ELEGÍAS.

D. FERNANDO DE HERRERA.

Á LA MUERTE DE D.^a LEONOR DE MILAN, CONDESA DE GELVES

Bien debes esconder, sereno cielo,
 Tus luces, y tejer de oscuro manto
 En torno luengamente el ancho velo,
 Y España deshacerse en mustio llanto,
 Y volver en un triste sentimiento
 Siempre la dulce voz y alegre canto;

Y Betis remover del hondo asiento
 Negras ondas, creciendo el mar hinchado
 El curso de su misero lamento.

Pues ¡oh dolor tarde temido! el hado
 Pudo airado robar la luz hermosa
 Al suelo eternamente despojado.

Perpetua sombra y niebla tenebrosa
 Desconorte los pechos espantados
 De dureza tan áspera y llorosa.

Acábense con este los cuidados,
 Las congojas antiguas, y el gemido
 Por todos los sucesos desdichados.

El sol de hermosura esclarecido,
 Rayo en la divina hermosura,
 Yace en fría tiniebla oscurecido.

Quien pudo ver la luz suave y pura,
 Clarísima Eliodora, de tus ojos,
 Nunca esperó tan grande desventura.

Las ricas hebras, lucidos manojos
 De oro terso, sutil y ensortijado,
 Son ya de muerte míseros despojos.

Vése el dulce color amortiguado,
 Y sin vigor la bella y blanca frente,
 Y queda el cuello apuesto derribado.

El blando trato, el corazón demente,
 La gracia generosa y cortesía,
 La fé y modestia y la virtud presente.

Entrega un desdichado y, cruel día
 En duros brazos de la muerte fiera,
 Cuando menos al miedo se debía.

Esta engañosa vida lisonjera,
 Desierta, y en confuso error perdida,
 Después de tanto mal ¿qué bien espera?

Con esta triste y última partida
 Es dulce vida ya la amarga muerte,
 Y amarga muerte ya la dulce vida.

Ningun caso tan áspero, ó tan fuerte
 Estrago, y ningun impetu soñado

Del cielo, que contrasta nuestra suerte,
 Puede, aunque quebrantado proceloso,
 Arranque gruesos muros bien trabados,
 Y se confunda el orbe temereso,

Rendir los corazones levantados;
 Que el valor glorioso los' alienta
 Entre peligros mil nunca turbados.

Mas esta, que enemiga se presenta,
 Y deshace cruel con impia mano
 La verde flor, indigna de esta afrenta;

Al mas excelso pecho, y sobrehumano
 Desnuda de la usada fortaleza,
 Que contra su rigor se opone en vano.

Terrible mal, pero comun tristeza,
 Que desbarata la ambición profana,
 Freno de vanas pompas y grandezas.

Contra esta furia rigida tirana,
 Solo finca un reparo no ofendido,
 Que es la ardiente virtud y soberana;

Rompa el cielo, en mil rayos encendido,
 Y con pavor horrisono cayendo,
 Se despedace en hórrido estampido:

Tal es, que este furor y horror tremendo,
 Y cuanto conspirare por su daño,
 Rendido ante ella quedará gimiendo.

Bien puede al hombre ciego y della extraño
 Enflaquecer y su memoria injusta
 Acabar del olvido en lento engaño:

Mas nunca podrá haber vitoria justa
 De quien se aparta, y singular contino
 Sigue, y alcanza al bien con gloria augusta.

Dichoso aquel espíritu divino
 Que la alta frente descubrió seguro,
 Sin temer el comun peligro indino;

Y al estrellado claustro y ardor puro
 Encumbró el facil vuelo en paz, purgando
 De corteza mortal y error oscuro.

Si amor de la virtud jamás cansado;

Si piedad, si corazón honesto;
 Si sufrimiento apenas enseñado;
 Y si ánimo humillado y bien dispuesto,
 Si trabajos de inmenso sentimiento;
 Si á santas obras pecho firme y puesto,
 Pueden de este apartado y grave asiento
 Colocarte, oh sin par bella Eliodora,
 En los giros de eterno movimiento;
 Tú serás en el cielo nueva aurora,
 Antes luciente sol, que muestre al día
 La riqueza y valor que en ti atesora.
 Y cuando la desnuda noche fría
 Oscurezca el fulgor, serás lucero
 Que descubra en su horror serena vía.
 Y viendo el color tuyo verdadero,
 Variado en la púrpura y la nieve,
 Y el oro, que igual nunca vió el Ibero;
 Dirá, quien te mirare, si osar debe
 En tanto mal, ingrato á tu belleza,
 ¿El impio hado á tanto bien se atreve?
 Tú jamás descansaste en la estrechez
 Que tu alma ofendía, y padeciste
 Dolor, y siempre afanes y tristeza.
 No quiso el claro Olimpo, ni pudiste
 Ya esperar más trabajos, y dejaste
 Alegre al cielo todo, á España triste.
 Contigo arrebatado nos llevaste
 El deseo de amor honesto y santo,
 Con el que en nuestros pechos inflamaste.
 Yo canté tu valor, y ahora canto
 El premio merecido de tu gloria,
 Aunque á la voz impide el tierno llanto.
 Mas en mí no desmaya la memoria
 De tu virtud, de quien el tivo olvido,
 Desespere ganar jamás victoria;
 Y veo que es el llanto mal perdido;
 Porque descansas libre ya y segura,
 Y la ocasión de mi dolor olvido.

No podía tu inmensa hermosura,
 Tu valor, tu divino entendimiento
 Contonto sosegar en sombra oscura:

Y desdeñando, el duro ligamento
 Deslazaste; y en leve vuelo suelta
 Pisas el cerco etéreo, y firme asiento.

Si puede renovarte alguna vuelta
 La memoria del suelo despreciado,
 En dichosa alegría y bien envuelta;

Da esfuerzo á este mi espíritu cuitado,
 Para sufrir la acerba y luenga pena,
 De esta vida la lástima y cuidado.

Que ya de la esperanza se enagena,
 Ya su intento engañado y error siente,
 Y en tormento molesto se condena.

Que en tu honra inclinado el Occidente,
 El frío Ebro, el Tajo caudaloso
 Venerará este día humildemente.

El Bétis, que contigo fué dichoso,
 Pero ya desdichado que te pierde,
 Y triste y sin el ancho curso undoso;

En medio de su fértil campo verde
 Hará que el coro todo se levante
 De ninfas, que con dulce voz concuerde;

Y metiendo en el piélago de Atlante
 La frente por su abierto y hondo seno
 Con ímpetu extendido resonante:

Dará ocasión que el mar de peñas lleno,
 Alce el canto en tu gloria, rodeando
 Sus bandas, de otra alguna voz ageno.

Hasta que el claro son multiplicando
 Entre, volviendo el paso, en el Egeo,
 En el último Euxino reparando.

Yo, si el Cielo, presente á mi deseo,
 No corta el hilo fragil de esta vida,
 Y al canto aspira espíritu febeo;

Espero tu memoria esclarecida
 Hacer insigne ejemplo de la fama,

Prenda solo á mis lágrimas debida.

Y quien oír pudiere de tu llama
Viva el puro esplendor, y la belleza,
Que, por cuanto el sol cerca, se derrama;

Culpará de sus hados la dureza
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de inclita grandeza.

Alma dichosa, tú, que al alto cielo
Enriqueces, alegre y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;
Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya agena,
Yace en terreno afecto congojosa.

Esta triste ribera, de afan llena,
Que vió desaparecer su blanca aurora,
Con mustio verso murmurando suena.

La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frío,
Abrazada en la eterna luz, que adora,
Es tutela del sacro Hesperio río,

ELEGÍA. (1)

Cuanto sube hasta la cima
desciende pronto abatido
al profundo.

¡Ay de aquel que en algo estima
el bien caduco y mentido
de este mundo!

En todo terreno ser
solo permanece y dura
el mudar.

(1) Esta elegía fué escrita por Abl-Beka de Ronda despues de la toma de Córdoba y Sevilla por San Fernando.

Adolfo Federico Schack la tradujo del árabe al alemán, y D. Juan Valera del alemán al castellano.

Lo que hoy es dicha ó placer
será mañana amargura
y pesar.

Es la vida transitoria
un caminar sin reposo
al olvido;
plazo breve á toda gloria
tiene el tiempo presuroso
concedido.

Hasta la fuerte coraza
que á los aceres se opone
poderosa,
al cabo se despedaza
ó con la herrumbre se pone
ruginosa.

Con sus cortes tan lucidas
¿del Yemen los claros reyes
dónde están?

¿En dónde los Sasanidas
que dieron tan sabias leyes
al Irán?

¿Los tesoros hacinados
por Karun el orgulloso
dónde han ido?

¿De Ad y Temud afamados
el imperio poderoso
¿do se ha hundido?

El hado, que no se inclina
ni ceja, cual polvo vano
los barrió,
y en espantosa rüina
al pueblo y al soberano
sepultó.

Y los imperios pasaron
cual una imágen ligera
en el sueño;
de Carroes se allanaron
los alcázares, dó era

de Asia dueño.

Desdeñado y sin corona
cayó el soberbio Dario
muerto en tierra.

¿A quién la muerte perdona?

¿Del tiempo el andar impío
qué no aterra?

¿De Salomon encumbrado
al fin no acabó el poder
estupendo?

Siempre del seno del hado
bien y mal, pena y placer
van naciendo.

Mucho infortunio y afan
hay en que caben consuelo
y esperanza;

mas no el golpe que el Islam
hoy recibe en este suelo
los alcanza.

España tan conmovida
al golpe rudo se siente
y al fragor,

que estremece su caída
al Arabia y al Oriente
con temblor.

El decoro y la grandeza
de mi patria, y su fé pura,
se eclipsaron;

sus verjeles son maleza,
y su pompa y hermosura
desnudaron.

Montes de escombros y desiertos
no ciudades populosas
ya se ven.

¿Qué es de Valencia y sus huertos?

¿Y Murcia y Játiva hermosas?

¿Y Jaen?

¿Qué es de Córdoba en el día,

dónde las ciencias hallaban
noble asiento,

dó las artes á porfia
por su gloria se afanaban
y ornamento?

¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
que el Bétis fecundo baña
tan florida?

Cada ciudad de estas era
columna en que estaba España
sostenida.

Sus columnas por el suelo,
¿cómo España podrá ahora
firme estar?

Con amante desconsuelo
el Islam por ella llora
sin cesar.

Y llora al ver sus verjeles
y al ver sus vegas lozanas
ya marchitas,
y que afean los infieles
con cruces y con campanas
las mezquitas.

En los mismos almimbares (1)
suele del leño brotar
tierno llanto.

Los domésticos altares
suspiran para mostrar
su quebranto.

Nadie viva con descuido
su infelicidad creyendo
muy distante,
pues mientras yace dormido
está el destino tremendo
vigilante.

Es dulce patria querida

(1) Púlpitos.

la región apellidar
 dó nacemos;
 pero, Sevilla perdida,
 ¿cuál es la patria, el hogar
 que tenemos?
 Este infortunio á ser viene
 cifra de tanta aflicción
 y horror tanto,
 ni fin ni término tiene
 el duelo del corazón,
 el quebranto.
 Y vosotros, caballeros,
 que en los bridones volais
 tan valientes,
 y cual águilas ligeros,
 y entre las armas brillais
 refulgentes;
 que ya lanza ponderosa
 agitais en vuestra mano,
 ya, en la oscura
 densa nube polvorosa,
 cual rayo, el alfange indiano
 que fulgurá;
 vosotros que, allende el mar,
 vivis en dulce reposo
 con riquezas
 que podeis disipar,
 y señorío glorioso
 y grandezas;
 decidme: los males fieros
 que sobre España han caido
 ¿no os conmueven?
 ¿Será que los mensajeros
 la noticia á vuestro oido
 nunca lleven?
 Nos abruman de cadenas;
 hartan con sangre su sed
 los cristianos.

¡Doleos de nuestras penas!
¡Nuestra cuita socorred
 como hermanos!
El mismo Dios adorais,
de la misma estirpe y planta
 procedéis;
¿Por qué, pues, no despertais?
¿Por qué á vengar la ley santa
 no os moveis?
Los que el imperio feliz
de España con alta honra
 sustentaron,
al fin la henyesta cerviz
al peso de la deshonra
 doblegaron.
Eran cual reyes ayer,
que de pompa se rodean;
 y son luego
los que en bajo menester,
viles esclavos, se emplean
 sin sosiego.
Llorado hubierais, sin duda,
al verlos, entre gemidos
 arrastrar
la férrea cadena ruda,
yendo para ser vendidos
 al bazar.
A la madre cariñosa
alli del hijo apartaban
 de su amor;
¡Separación horrorosa
con que el alma traspasaban
 de dolor!
Allí doncellas gentiles
que al andar perlas y flores
 esparcían,
para faenas serviles
los fieros conquistadores

ofrecían.

Hoy en lejana región
prueban ellas del esclavo
la amargura,
que destroza el corazón
y hiere la mente al cabo
con locura.

Tristes lágrimas ahora
vierta todo fiel creyente
del Islam.

¿Quién su infortunio no llora,
y roto el pecho no siente
del afán?

D. BERNARDO LOPEZ GARCÍA.

El Dos de Mayo.

Oigo, patria, tu aflicción,
Y escucho el triste concierto
Que forman tocando á muerto
La campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
Miro flotantes crespones,
Y oigo alzarse á otras regiones,
En estrofas funerarias,
De la iglesia las plegarias,
Y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron...
¡A tí, á quien siempre temieron,
Porque su gloria admiraron;
A tí, por quien se inclinaron
Los mundos de zona á zona;

A ti, soberbia matrona,
Que, libre de extraño yugo,
No has tenido más verdugo
Que el peso de tu corona!...

Doquiera la mente mía
Sus alas rápidas lleva,
Allí un sepulcro se eleva
Cantando tu valentía;
Desde la cumbre bravía
Que el sol indio tornasola,
Hasta el África, que inmola
Sus hijos en torpe guerra,
¡No hay un puñado de tierra
Sin una tumba española! .

Tembló el orbe á tus legiones,
Y de la espantada esfera
Sujetaron la carrera
Las garras de tus leones;
Nadie humilló tus pendones
Ni te arrancó la victoria;
Pues de tu gigante gloria
No cabe el rayo fecundo,
Ni en los ámbitos del mundo,
Ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
Cantan tu invicta arrogancia
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
En tu suelo virginal
No arraigan extraños fueros.....
Porque, indómitos y fieros,
Saben hacer tus vasallos

Frenos para sus caballos
Con los cetros extranjeros.....

—
Y aún hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto.....
¡Espació falta á mi canto
Para maldecir su nombre!.....
Sin que el recuerdo me asombre,
Con ánsia abriré la historia;
Presta luz á mi memoria,
Y el mundo y la patria á coro
Oirán el himno sonoro
De tus recuerdos de gloria.

—
Aquel genio de ambición
Que, en su delirio profundo
Cantando guerra hizo al mundo
Sepulcro de su nación,
Hirió al ibero león
Ansiando á España regir;
Y no llegó á percibir,
Ebrio de orgullo y poder,
Que no puede esclavo ser
Pueblo que sabe morir.

—
¡Guerra! clamó ante el altar
El sacerdote con ira;
¡Guerra! repitió la lira
Con indómito cantar;
¡Guerra! gritó al despertar
El pueblo que al mundo aterra;
Y cuando en hispana tierra
Pasos extraños se oyeron,
Hasta las tumbas se abrieron
Gritando. ¡Venganza y guerra!

La virgen con patrio ardor,
 Ansiosa salta del lecho;
 El niño bebe en el pecho
 Odio á muerte al invasor;
 La madre mata á su amor,
 Y cuando calmado está,
 Grita al hijo que se va:
 «¡Pues que la patria lo quiere,
 Lánzate al combate y muere,
 Tu madre te vengará!... »

—

Y suenan patrias canciones,
 Cantando santos deberes;
 Y van roncas las mujeres
 Empujando los cañones:
 Al pié de libres pendones
 El grito de patria zumba
 Y el rudo cañón retumba,
 Y el vil invasor se aterra,
 Y al suelo le falta tierra
 Para cubrir tanta tumba.

.....

Mártires de la lealtad,
 Que del honor al arrullo
 Fuisteis de la patria orgullo
 Y honra de la humanidad. ...
 En la tumba descansad,
 Que el valiente pueblo ibero
 Jura con rostro altanero
 Que, hasta que España sucumba,
 No pisará vuestra tumba
 La planta del extranjero.

—

Canción.

D. FERNANDO DE HERRERA.

Suave sueño, tú que en tardo vuelo
 Las alas perezosas blandamente
 Bates, de adormideras coronado,
 Por el puro, adormido y vago cielo;
 Ven á la última parte de occidente,
 Y de licor sagrado,
 Baña mis ojos tristes, que cansado
 Y rendido al furor de mi tormento,
 No admito ⁽¹⁾ algún sosiego,
 Y el dolor desconorta al sufrimiento.
 Ven á mi humilde ruego,
 Ven á mi ruego humilde, ó Amor de aquella
 Que Juno te ofreció, tu ninfa bella
 Divino sueño, gloria de mortales,
 Regalo dulce al misero afligido,
 Sueño amoroso, ven á quien espera
 Cesar del ejercicio de sus males,
 Y al descanso volver todo el sentido.
 ¿Cómo sufres que muera
 Léjos de tu poder quien tuyo era?
 ¿No es dureza olvidar un solo pecho
 En veladora pena,
 Que sin gozar del bien, que al mundo has hecho,
 De tu vigor se agena?
 Ven, sueño alegre: sueño, ven, dichoso,
 Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.
 Sienta yo en tal estrecho ⁽²⁾ tu grandeza,
 Baja, y esparce liquido el rocío;



(1) No alcanzo, no logro.

(2) En tal aprieto, en tan duro trance.

Huya la alba, que en torno resplandece;
 Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,
 Y cuanta fuerza tiene el pesar mio,
 Y mi frente humedece,
 Que ya de fuegos juntos el sol crece.
 Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
 Alas suenen ahora;
 Y huya con sus alas presurosas
 La desabrida aurora;
 Y lo que en mi faltó la noche fria,
 Termine la cercana luz del dia.

Una corona, ó sueño, de tus flores
 Ofrezco; tú produce el blando efeto
 En los desiertos; cercos de mis ojos;
 Que el aire entretegido con olores
 Halaga, y ledó mueve en dulce afeto;
 Y de estos mis enojos
 Destierra, manso sueño, los despojos
 Ven, pues, amado sueño, ven liviano,
 Que del rico oriente
 Despunta el tierno Febo el rayo cano.
 Ven ya, sueño clemente,
 Y acabará el dolor: así te vea
 En brazos de tu cara Pasitea.

D. FRANCISCO DE LA TORRE.

La Tórtola.

Tórtola solitaria, que llorando
 Tu bien pasado y tu dolor presente,
 Ensordecas la selva con gemidos:
 Cuyo ánimo doliente
 Se mitiga penando